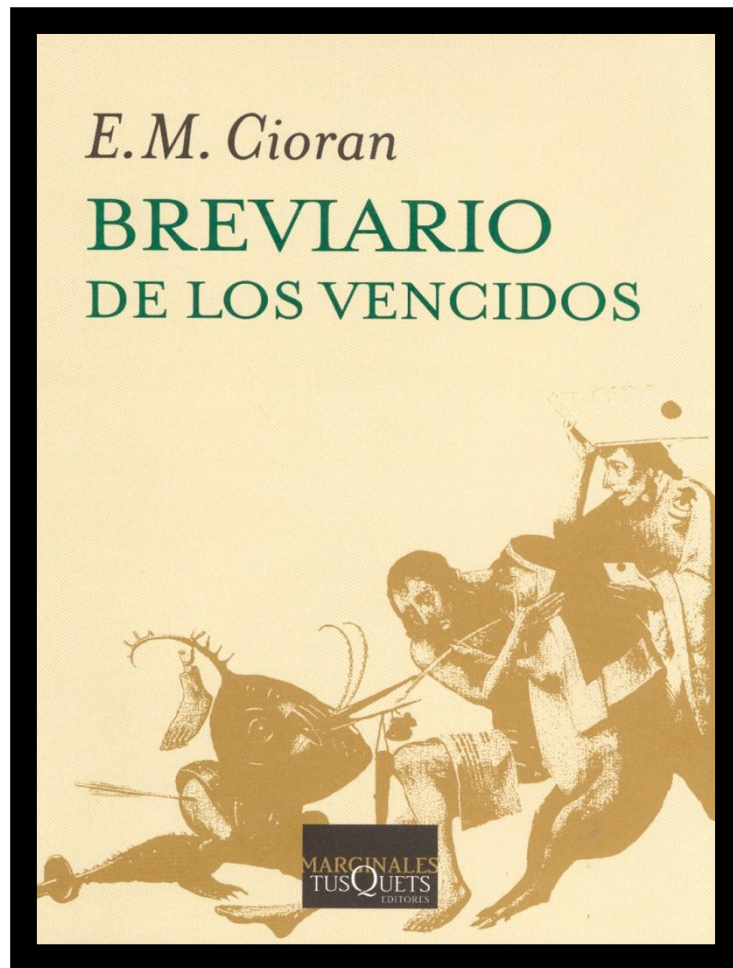


Breviario de los vencidos



Kenshinkan dôjô 2017

Aseguran los estudiosos de la obra de Cioran que *Breviario de los Vencidos* es una de las cumbres de su pensamiento filosófico, un estigma –éste de ser nombrado filósofo- del que el mismo escritor pretendió siempre alejarse, pues no se consideraba tal cosa.

Emil Cioran fue, antes que ninguna otra cosa, un exiliado en Francia, un escritor desgarrado por sentirse profundamente hastiado de su tiempo, alejado de todo y de todos, siendo, no obstante, un profundo observador del ser humano, de su naturaleza interior, de su inmensa soledad.

Me costó mucho leer al maestro rumano, pero fue gracias a los artículos y libros de Fernando Savater, uno de sus hijos filosóficos, que pude siquiera aproximarme a él, a su obra y a su biografía.

Yo creo que Cioran fue, como indica ese título magistral, un hombre vencido por su tiempo, una época a la que describió descarnadamente, con amargura e ironía, desde su escondite, situado en el Barrio Latino de París, donde habitó junto a su esposa, la profesora Simone Boue.

Emil Cioran falleció en 1995 en París, víctima de mal de Alzheimer.

En mi modesta opinión creo que el gran pensador no llegó a ser un hombre feliz.

Su mujer moriría ahogada dos años después de la desaparición de su compañero. Si fue o no un suicidio, nadie lo puede atestiguar fehacientemente, pero Fernando Savater asegura que no supo encajar la vida sin la presencia de quien fuera su otra mitad durante más de cincuenta años.

Juan Antonio de Villena dedica en su obra, *Biografía del fracaso*, un extraordinario trabajo a los perdedores, a los inadaptados, a esos evadidos del *establishment* que no supieron, o no quisieron, sumarse a la vida de otros, organizar el tiempo como correspondía hacerlo según los cánones, ser felices a la manera del hombre común.

En efecto. Muchos de los artistas, escritores, pintores, viajeros y bohemios, que circulan por el ensayo del escritor madrileño, resuelven su enfrentamiento con la vida utilizando ese último recurso que es el suicidio.

Yo creo que la adaptación es siempre un motivo de conflicto, siendo esto notorio en el mundo del Budô.

Los primeros años del Período Meiji –iniciado en 1868- resultaron definitivos para muchos exponentes del viejo orden social: un sistema organizativo en el que los clanes guerreros dominaban la escena política del país, y que estallaron, literalmente, con la llegada de la Modernidad.

Tsuda Ichizaemon Masayuki, *Sôke* de la Escuela *Tsuda Ichiden ryû*, esforzado maestro de *Kenjutsu* afincado en el dominio de Kurume, en la actual Fukuoka, fue

un ejemplo de cómo la transición de un modelo medieval, clasista y tradicionalista, a otro aperturista, igualitario y occidental iba a tener graves efectos colaterales; uno de ellos –no el menor- el que soportaría el gremio de los guerreros y, por proximidad, ciertos colectivos profesionales cercanos a su naturaleza, como los artesanos que vivían en exclusiva de la fabricación de armas y armaduras.

Aquellos años precipitados y tumultuosos inmediatamente posteriores a la Restauración de 1868, plagados de revueltas sociales y abundantes rebeliones militares, resultaron espinosos para muchos exponentes del viejo Bujutsu, pero liberadores para los ciudadanos de a pie, que aspiraban a la igualdad de oportunidades suspendida desde que se instaurara la dictadura Tokugawa (Edô Jidai) a principios del siglo XVII.

En efecto, la tradición se ponía en tela de juicio y la modernidad resultaba imparable. El final de un ciclo y el comienzo de un nuevo tiempo eran del todo inminentes. No obstante, pese a la amenaza de los nuevos tiempos Tsuda Sensei sostuvo su posición hasta el final. En 1872, observando una sociedad que se dirigía inexorablemente hacia horizontes que no compartía, que le exigía formas y maneras de enseñar su Arte a cambio, sólo, de estipendios, con pocos, o nulos, compromisos personales y con una más que mediocre valoración de aquello que él consideraba sagrado, resolvió quemar todos los *denshôs* –manuscritos- de su Escuela, para, seguidamente, cometer *seppuku* –suicidio ritual- y perderse definitivamente en el “*deterioro permanente del olvido*”.

Los acontecimientos que se habían ido sucediendo a raíz de la intervención militar de la armada estadounidense al mando del Comodoro Perry -1853- y las posteriores Guerras *Boshin* -1868-1869- desmembraron la unidad nacional, haciendo más patente que nunca las heridas que dejaría abiertas la restauración del poder imperial en su pugna contra el viejo *shogunato*.

En 1870, el primer *Haitorei* restringió la facultad de portar espadas a granjeros y comerciantes, resultando ya un detonante social de considerable importancia. Aunque la clase guerrera continuaría preservando ciertos privilegios, todos sabían que las decisiones se precipitarían en cascada y que el momento verdaderamente difícil de encajar llegaría más pronto que tarde.

En 1871 se prohibió el *chonmage* –peinado samurái- con la puesta en vigor del edicto *Dampatsurei*, una nueva imposición que pretendía acercar el país a los usos y costumbres de las potencias occidentales que le servían de ejemplo.

En 1873 se declaró de obligado cumplimiento el servicio militar, lo cual dejaría a la clase guerrera sin el privilegio de controlar el Ejército. Ese mismo año se prohibieron los estipendios con los que los viejos señores feudales –*daimyô*- habían mantenido sus ejércitos privados durante siglos.

El segundo *Haitorei* vería la luz en 1876. Éste sí sería el cerrojo definitivo a los privilegios que habían sostenido a los viejos guerreros. Okubo Toshimoki declaró ilegal el uso de la espada en vía pública, afectando aquello a todos los ciudadanos sin distinción. Su intención era clara: pacificar una sociedad que había vivido en el ejercicio de la violencia desde su más remota antigüedad pero, también, sustraer el poder al estamento guerrero, otorgándoselo al Gobierno de la nación.

Los levantamientos en contra de estos edictos no se hicieron esperar, sucediéndose iniciativas para contrarrestar la dirección que tomaban las decisiones gubernamentales. Hacia 1874, los grupos rebeldes conformados por viejos samuráis victoriosos en las Guerras Boshin crearían numerosas academias militares a fin de restaurar las enseñanzas confucianas, el pensamiento moral y filosófico del Bushido o las tácticas de guerra medievales –sin olvidar la artillería del momento. Aunque hubo otras movilizaciones –*Akizuki* o *Hagi*- las tentativas más relevantes fueron las lideradas por Saigo Takamori -Rebelión de *Satsuma*, 1877- en Kagoshima, Kyushu; y Otauro Tomoo –Rebelión de *Shinpuren*, 1876- en Kumamoto, Kyushu.

Después de los enfrentamientos acaecidos entre los líderes rebeldes y las fuerzas del Gobierno *Meiji*, una vez finalizados los asedios con la pérdida de numerosas bajas –muchas de ellas por *seppuku*- aplastadas todas las facciones adversas, el país se encaminaría sin dilación hacia la modernidad, sabiendo que gran parte de su historia se había marchado para siempre con aquellos que fueron los últimos exponentes de su orgulloso pasado.

Aunque en el contexto del Bujutsu el Período Edô había supuesto una importante transición hacia la paz, durante sus dos siglos y medio de historia continuaron fundándose tradiciones marciales que, aún con profundos contenidos técnicos, estratégicos y filosóficos, distaban ya mucho de ser equiparables a aquellas otras, mucho más antiguas, engendradas en el Sengoku Jidai -1467-1598-, aquel período feroz en el que los campos de batalla se constituirían en auténticos laboratorios de prueba y ensayo para la creación de algunas de las tradiciones con mayor peso específico de la historia de Japón: Maniwa Nen ryû, Katori Shintô ryû, Kashima Shintô ryû, etc.

No hubo que esperar a la Restauración Meiji para comenzar a observar los primeros cambios, las iniciativas y aproximaciones hacia el futuro Budô venían ya de atrás. En algunas de sus formas de arte, como en el Kendô, originado a partir del Kenjutsu, habían ido apareciendo en el siglo XVIII elementos que denotaban una lenta pero imparable transformación hacia el deporte, una deriva que triunfaría más adelante de forma definitiva. Continuaron por ese camino: el Judô, constituido a partir del viejo Jujutsu a finales del siglo XIX; Atarashi Naginata-dô renovado a principios del siglo XX a partir del Naginatajutsu medieval; el Karate-dô, nacido a principios del siglo XX de las cenizas del viejo Okinawa-te; el Aikidô, desarrollado

hacia 1930, teniendo como base el Daitô ryû Aikijujutsu, Arte Marcial del clan Takeda.

Durante los años previos a la II G.M., el espíritu nacionalista –*Yamato Damaishi*- se apoderaría de las Escuelas de Budô del país, incrementándose la disciplina castrense que aún puede observarse a día de hoy en el interior de los dôjôs. Había que reunir voluntades y focalizar las energías en una sola dirección y todos los elementos disponibles eran pocos para semejante empresa. Se fomentó la enseñanza en grandes grupos, surgieron los clubs universitarios, las primeras competiciones deportivas, las federaciones con sus reglamentos, etc.

Aquella primera apertura política, instigada por las potencias occidentales, y protagonizada directamente por la Armada Norteamericana al mando del Comodoro Perry, trajo consigo muchas transformaciones que afectaron, de una manera rotunda, a la práctica y enseñanza de las antiguas Artes Marciales.

Había que adaptarse, pagar el peaje correspondiente y seguir adelante. Y así se hizo, a pesar de los vencidos y fracasados guerreros.

Volviendo al recuerdo de Tsuda Ichazaemon Masayuki, rescato este pasaje del libro de Fernando Savater, titulado: *Instrucciones para olvidar el Quijote*:

“Hay un aspecto bajo el que Don Quijote de la Mancha es y continuará siendo inatacable, recto, sin tacha: el fracaso. En este mundo de victorias prefabricadas, todo triunfador suena un poco hueco y, en cambio, la derrota tiene un grato aroma de sinceridad”.

Nada, nunca, fue en vano, tampoco la decisión de Tsuda Ichazaemon Sensei, como atestiguan las palabras de la Premio Nobel polaca Wislawa Szymborska:

“No existe vida, que,

Aún por un instante,

No sea inmortal.

La muerte siempre llega con ese instante de retraso.

En vano golpea la aldaba en la puerta invisible.

Lo ya vivido no se lo puede llevar.”